

Esperando el debate presidencial (por Carlos Salas Lind)

“En el caso de Chile, los temas que interesan al electorado ya se parecen mucho a los que se observan en las democracias más avanzadas.

A falta de grandes proyectos contrapuestos ideológicamente, es entonces lógico que sea la percepción de la capacidad e imagen de los presidenciables los puntos que concentren una mayor atención”.

A diferencia de lo que hasta hace poco se pensaba, los debates presidenciales sí tienen un fuerte impacto en la opinión que el electorado se forma de la capacidad intelectual y liderazgo de los candidatos presidenciales.

En una elección dominada solamente por candidatos, que en el fondo adhieren a los mismos lineamientos económicos (en este caso al mantenimiento de una economía abierta), la percepción que el electorado moderado se forme de ellos, será consiguientemente de gran peso a la hora de definir su voto. Óbviamente esta percepción aumentará en importancia mientras más estrecha se vuelva la contienda electoral y mientras más se parezcan sus programas de gobierno.

En los Estados Unidos, donde la adhesión al modelo capitalista y la democracia liberal ha sido por mucho tiempo el fundamento del proceso político interno, los debates presidenciales se han convertido, electoralmente hablando, en la “madre de todas las batallas” a la hora de convencer a los más moderados e indecisos, (quienes justamente son los que terminan por decidir los resultados electorales en una democracia estable).

En este sentido, los ejemplos de pasos en falso y genialidades, que los candidatos han mostrado al momento de debatir, han sido reveladores a la hora de analizar el desenlace de una contienda electoral estrecha.

A modo de ejemplo, el triunfo de John Kennedy sobre Nixon en 1960 mostró el poder de persuasión que no solamente la calidad del mensaje, sino también la imagen y lenguaje corporal jugaron en el estrechísimo triunfo de Kennedy.

En esta misma línea, el “chascarro” del candidato republicano Gerard Ford al describir en forma errónea la división de Europa durante el periodo de la Guerra Fría mientras debatía con Jimmy Carter en 1976, terminó por confirmar su imagen de ignorante que se percibía en el electorado Norteamericano. Carter ganó holgadamente las elecciones.

Por su parte la genialidad y gran poder de comunicación de Ronald Reagan fue también crucial para contrarrestar lo que se percibía como su menor nivel intelectual frente a sus adversarios demócratas. Reagan fue elegido por dos periodos consecutivos.

En el caso de Chile, los temas que interesan al electorado ya se parecen mucho a los que se observan en las democracias más avanzadas.

A falta de grandes proyectos contrapuestos ideológicamente, es entonces lógico que sea la percepción de la capacidad e imagen de los presidenciables los puntos que concentren una mayor atención.

A esta altura también se reconoce que estamos frente a una elección más estrecha de que lo originalmente se había pensado. Esto amerita entonces centrar nuestra atención al impacto que el próximo debate presidencial puede tener en el resultado de la segunda vuelta presidencial.

Los objetivos en esta ocasión son naturalmente diferentes, si tomamos en cuenta la posición de ambos candidatos.

Es claro que para la candidata de la Concertación la labor debe centrarse principalmente, si no en disipar, por lo menos en contrarrestar la imagen que en mayor o menor grado se percibe en torno a su carácter como presidenciable (en este sentido es ilustrativo el slogan de la franja televisiva de la Alianza por Chile: “Piñera más Presidente”)

Sin embargo y a pesar de la inmejorable posición que el logro de este objetivo significaría para la recta final de su campaña, Bachelet no necesita un vuelco radical en relación a sus intervenciones anteriores.

Es decir, no es determinante que convenza a los moderados e indecisos que en las últimas tres semanas se ha convertido en una super candidata, ni tampoco presionar de sobre manera a su oponente.

Es importante sí, que logre proyectar cierta solemnidad como presidenciable y junto con esto una mayor solidez a la hora de exponer sus ideas. De cumplirse lo anterior, la candidata de la concertación podrá sin mayor sobresaltos sacar cuentas alegres de su última intervención ante las cámaras.

Para Sebastian Piñera el trabajo por delante es mucho más exigente. Esto porque el candidato de la Alianza por Chile debe aprovechar este debate como la mejor (y última) oportunidad de convencer al electorado de que él es el mejor candidato para asegurar (aunque parezca irónico) una continuidad de los éxitos económicos y políticos logrados por los gobiernos de la concertación. Debe también mostrarse crítico en las áreas “débiles” del trabajo concertacionista, pero de forma serena.

Sin embargo para lograr un desempeño esperanzador para su candidatura, este buen trabajo comunicacional debe necesariamente ir acompañado de una pobre presentación de su contrincante. En este sentido un buen desempeño de Piñera junto a un trabajo marcado por errores y pasos en falsos de la candidata concertacionista, representaría el mejor escenario para el candidato de derecha.

De esta manera el desarrollo del debate presidencial y las dinámicas que se podrían desencadenar a partir de mañana, podrían perfectamente aumentar la cuota de suspenso que el proceso electoral chileno comenzó a vivir a partir del 11 de Diciembre.

